

Nicasio Tangol

## Las tres Pascualas



A calle Janequeo de la ciudad de Concepción, se incrusta por el Sur en el Cerro de Altacura (1), cerro cuya vegetación grandiosa exhibe con orgullo los más variados y tenues matices verdosos. Fácil es imaginarle un lago cuyas aguas han coagulado en frondosos árboles y cuyo légamo ha modelado caprichosos matorrales.

Pero no nos ocuparemos de este extremo de la calle. Otro es mi objetivo; es mi deseo caminar hacia las profundas aguas de la laguna de «Las Tres Pascualas»; ahí justamente donde la calle Janequeo parece disolverse y traducirse en un espacio de cielo, donde orfebres divinos transformaron su cansado espinazo en una delicada pupila sedienta de luna, de estrellas, de nubes, sol y sombra de totorales.

Siglos atrás tenía precisamente ahí su límite el huerto de una casa señorial. Janequeo era entonces un desolado callejón que espesos bosques deslindaban, donde las carnosas campanas de los copihues formaban guirnaldas caprichosas.

---

(1) Nombre primitivo del Cerro Caracol.

\* \* \*

La luna acababa de trepar el Altacura; mostraba desde ahí a las estrellas recién nacidas, las transparentes aguas del lago, donde podrían bañarse y jugar. Ella mientras tanto, pasearía por los dilatados contornos de la tierra.

Apenas las sombras avergonzadas de sus harapos se refugiaron en los amplios corredores de las casas, se escuchó la voz cristalina y armoniosa de Pascuala. Sus palabras caminaron por la sombra, desbordándose luego en una cascada florida de sonidos sobre el Universo luminoso.

—He guardado en mi corazón la luz de tus ojos, he anidado en mi alma el brillo de tus pupilas. He gozado de la morbosa placidez de tus suaves y cariñosas palabras. Te quiero como a mis flores, como a las verdes campiñas, como al sabroso olor a tierra que recorre mi comarca al anochecer, como al delicado canto de las hojas secas acariciadas por mis pies desnudos, como a la cascada de trinos que brota del follaje de los coigües dormidos...

Un suave roce de frescos y ardientes labios disolvió la sombra y sembró un jardín de rosas de rojo púrpura sobre los carcomidos ladrillos del viejo corredor.

Momentos después, la voz segura, firme, suave y redonda de un mocetón robusto desparramó al silencio.

—Estos bucles que guardo junto a mi corazón, serán durante mi ausencia el tesoro más querido. Es la cabellera de mi bien amada, es la cabellera de mi amor eterno.

—Gracias, querido, gracias. ¿Volverás pronto?

—Sí, muy pronto... Volveré antes de la luna nueva... y el ladrido de los perros engulló glotonamente el ruido que los cascos del caballo arrancaban a las piedras del camino.

\* \* \*

—Duérmete, Pascuala... duérmete, ya se ha ido el viento a pernoctar a las cumbres, ya se ha aquietado el murmullo del follaje; es tarde, Pascuala.

—Y del otro extremo de la alcoba, la mayor de las hermanas insiste:

—Sí, Pascuala... duérmete... ¿sientes el dolido lamento de las sombras, heridas por las dagas rojas del aullido de los perros?

—¿No oyes el áspero canto de las ranas partir con sus huecos martillos el silencio?

—Queridas hermanas, no puedo dormir... no puedo... Esta tarde, cuando recorría hurgueteando las praderas; flores, árboles, pájaros y aún la tierra misma me gritaban: ¡espéralo! espéralo...

—¡Escuchen!... ¡escuchen!... Ahí viene... ¿Sienten? ¡tiene que ser él!

Y sin atender a las súplicas de sus hermanas salió corriendo del dormitorio. La verdad es que era él; de un salto bajó del caballo.

—¡Cuánto te he esperado!, ¡cuánto ansiaba verte!

—Yo también anhelaba tu presencia, amada mía...

Y nuevamente el beso ardoroso y suave disolvió la sombra y... un jardín de rosas de rojo púrpura adornó los carcomidos ladrillos del viejo corredor.

Bajo los enmarañados ganchos de uno de los manzanos del huerto se encontraron las almas de los amantes, y la dicha, vestida de gala, desbordó las vastas campiñas penquistas.

\* \* \*

El alba desnuda tendía sus suaves vestiduras plumizas sobre la hierba... junto a la ventana del dormitorio, las hermanas de Pascuala semejaban dos frías estatuas.

En la orilla del lago estaba Pascuala, sola, completamente sola.

—¡Pascuala!—gritó una de ellas. El llamado la sobrecogió, quiso huir, pero atraída por no sé qué fuerza, comenzó a introducirse en las aguas.

De pronto, precedido por un ruido acuoso, apareció sobre la superficie del lago un chal de color café con ribetes verdes. Pascuala intentó pisarlo, pero él, dando un extraño salto, la envolvió y luego se hundió con ella, retorciéndose... El grito se congeló en las gargantas de las dos hermanas y cayeron arrojadas sobre la alfombra del pavimento.

El cuerpo de la desdichada amante no volvió jamás a la superficie; sin embargo, nocha a noche sus hermanas acongojadas, escuchan sus lamentos.

—Quiero estar cerca de mis flores, quiero oír el murmullo de las hojas, quiero escuchar el canto de los pájaros, quiero recorrer mi campiña al amanecer, cuando el sol la siembra de diamantes, y en la noche, cuando la luna baja a las praderas para admirar la danza de las sombras—le decía.

\* \* \*

Y llegó la víspera de San Juan...

—¿Qué haremos por nuestra querida hermana?—preguntó la mayor de las Pascualas—ayer cubrí de flores la laguna, y hoy he rociado con polen sus aguas.

—Yo me he pasado toda la tarde hincada en el pajonal rezándole, respondió la otra.

—Sí, hermana, te observaba, tenía miedo de quedar sola; cuando quieras ir a verla, llévame contigo, yo también anheló verla.

—No temas hermana, iremos juntas si nos llama, iremos juntas... bien puede que hoy no sólo escuchemos sus lamentos; dicen que a las doce de la noche aparecen las personas que penan,

yo no tengo miedo, esperemos la medianoche y a esa hora iremos a la laguna, puede que la veamos.

—Así lo haremos... le llevaremos flores hermosas, yo buscaré rojas y azules.

—Yo blancas y moradas... y cantaremos, hermana, cantaremos todas las canciones que ella solía cantar.

\* \* \*

Era medianoche cuando las hermanas caminaban por el amplio corredor de la casa colonial. En uno de sus extremos, juguetones rayos de luna olfateaban las flores que ofrendarían a Pascuala.

—¡Qué lindas flores, cogiste, hermana!

—Las tuyas son también hermosas y fragantes.

Tomó, en seguida, cada una su manojito y en silencio se dirigieron a la laguna; en la orilla se detuvieron. Sobre las aguas parecía transitar el maravilloso barco del misterio; junto a las sombras se había agazapado el cetáceo maligno, pegajoso del miedo; sobre el matorral y las copas de los árboles deambulaba la carne fofa y multiforme del viento.

La menor de las Pascualas se arrodilló, tomó los lirios que llevaba y los recostó suavemente sobre las aguas diciendo:

—Recibe estos lirios, querida hermana, ellos te contarán la tristeza infinita que tu ausencia ha dejado en mi alma. Los blancos los han regado mis lágrimas y los he secado con capullos de suspiros; las violetas, son caricias dormidas que despertarán junto a tus mejillas. Recibe, también, estas margaritas portadoras de la fragancia de tu querida campiña y del cuerpo del alba con sus pies de rocío... y en estos pensamientos de color amarillo, podrás observar la infinita humildad de mis plegarias y la tristeza de mi corazón, amada hermana...

Después de un corto silencio, dolido y amargo, habló la hermana mayor con voz firme y golpeada:

—Estos cardenales rojos que he traído en tu recuerdo, los he de arrojar sobre esta maldita laguna para que sus aguas turbias reciban todo el desprecio de la tierra; y estos de color solferino, para que transformen en veneno el lodo putrefacto que anida en su fondo... de ese lodo se alimentarán los cuervos que infecten con sus graznidos la grandiosa pureza del amor.

... Las notas de un miserere arrancadas a un órgano invisible, por las sombrías manos del misterio, invadió de pronto el matorral. La luna huyó temerosa, la noche se tornó obscura y silenciosa. Brillaron como diamantes los cuerpos de las luciérnagas... el viento hurgueteaba el pajonal, temblaban asustadas las totoras, produciendo ruidos de espadas y abanicos... luego... apareció sobre el lago una ninfa maravillosa. Todo se aquieta, todo cae en el grandioso pozo del silencio... y la ninfa aparecida, deja oír su triste y angustiosa voz:

«Campiñas de mi lugar  
donde inocente nací  
y donde entre flores vi  
mi dulce infancia pasar.

¿Quién me ha de desencantar?  
¿Quién me llevará al espacio  
que desear no me sacio  
y donde alegre vivía?

¿Quién me sacará algún día  
de aqueste obscuro palacio?

—¡Es ella!... ¡es ella!—gritaron las hermanas—Pascuaaaa-laaa!—llamaron amorosamente, mientras avanzaban cogidas del brazo hacia el centro de la laguna. Caminaron lentamente y lentamente también sus cuerpos se hundían en las aguas misteriosas... A la distancia los graznidos de un cuervo caían como

bolsas de alquitrán, esparramándose entre las raíces de los árboles o entre los ganchos de los espinos.

Una manada de potros galopó toda la noche sobre las dormidas aguas del lago. Las nubes huyeron como novias asustadas, y fueron a recostarse en las faldas del Altacura, el cielo las acunó en sus mejillas de loza (\*).

---

(\*) El poema que aparece en este cuento, pertenece al periodista chileno Manuel Valenzuela Ortiz, que se firmaba «El Chonchón».